



Pero dada la calidad de la tripulación, marcadamente indisciplinada y sin capitán que quisiera asumir el mando de aquellos facinerosos y malhechores, pasó algún tiempo hasta que se hizo cargo el citado (véase) Diego de Vera, y aquella escuadra, más que suficiente para el fin a que se la destinaba, si otras gentes la hubiesen tripulado y mandado, se hubiesen llenado de gloria, y de aquel modo se llenaron de oprobio, al dedicarse a robar más que a conquistar. Pero es que en esta campaña faltaba en el teatro de la guerra el genio de Cisneros y la firmeza de Pedro Navarro. Diego Vera volvió a España avergonzado, cantándosele coplas alusivas por las calles, y no se volvió a saber más de él hasta el año 1521 en la guerra con Francia, defendiendo Fuenterrabía.

Cisneros continuó trabajando en los planes de ampliación de barcos, creando nuevas armadas que puso al mando de don Alonso de Granada y Venegas, para tranquilidad de las costas que vivían en continua alarma, acosando sin descanso a los piratas, que supieron de su férrea mano.

El Regente, en el breve tiempo de su gobierno, dejó sentada sobre bien orientados principios la base de la grandeza marítima española en el Siglo de Oro, confundida con la historia de la Marina universal, llenándolo todo con su pujante poder como elemento de guerra, como vehículo comercial, como conquista y como exploración. En todo acontecimiento de relieve aparecían nuestros navíos, y en la mayor gesta de descubrir un Mundo Nuevo, la aventurera Marina española abre el ignoto camino, llenando el mapa geográfico de nuevas islas y continentes, sin temor a las grandes y peligrosas travesías, enseñando a los marinos de Europa las nuevas y épicas rutas y a no temer las largas y continuadas noches de navegación. Y así, otro siglo más, donde ya empieza a decaer, desfallecida y desangrada, nuestra Marina épica, en que empieza a surgir el incipiente poderío naval inglés, apoyado en la famosa acta de Cromwell.

Al par que la Marina, la artillería recibió gran impulso con el Regente. España, en el siglo XIV, fué la primera nación que comenzó a utilizar la fuerza explosiva de la pólvora para lanzar proyectiles, usándola por vez primera la Marina castellana en la batalla de La Rochela en 1371, al mando del esforzado almirante Bocanegra, aniquilando la escuadra inglesa, mandada por Peñabroch, que cayó prisionero con otros muchos ingleses.

En la guerra de Granada adelantó mucho, siendo uno de los medios ofensivos al mando de siete bombarderos y doce tiradores. Los fundidores de cañones eran los mismos que fundían campanas, interviniendo herreros y carpinteros en los montajes de bombardas, cerbatanas, culebrinas, falconetas y espingardas. Aún quedan los restos de fabricación de pólvoras en Fuenterrabía correspondientes a la época.

Al crear Cisneros la Ordenanza, no descuidó la artillería, ordenando a su general artillero, Diego de Vera, redactase una información sobre lo que se podía prever relacionado con este arma. Inmediatamente se empieza a labrar artillería en Medina y Málaga, fabricar pelotas para cañones y culebrinas, y pólvora en Medina, Burgos y Fuenterrabía, y todo esto en previsión de los conflictos internacionales que presentía.

En aquella época se construyeron unas grandes piezas, que en honor al fraile llamaban "San Francisco", haciéndose famosa una colosal bombardas, de la cual, por su estruendoso estampido, decían: "¡líbrate de San Francisco". Casi todas estas piezas llevaban un escudo y el cordón franciscano en relieve.

El primer año de la Regencia del Cardenal terminó con buenos auspicios, viendo aumentado su prestigio y consolidada su autoridad, robustecido su poder, viendo con satisfacción edictos a su persona y política a todos los grandes del Reino, que se pusieron incondicionalmente a su lado, yendo cada uno privadamente a dar excusas al Gobernante, y a reconciliarse con él, el Condestable, Mendoza, el Almirante y su familia, el de Villena, el de Benavente, todos los caballeros de Andalucía, el Conde de Ureña, que dice que por un reino entero no se apartaría del Cardenal; el Duque de Béjar, que dice degollaría por servicio del Cardenal a sus hijos y mujeres (tan fuerte le daba en la oposición como ahora en la adhesión); el Conde de Lemos; el Conde don Hernando, que haría lo que el Cardenal le mandase, como si su padre se lo ordenase; el Marqués de Aguilar, amistad y homenaje que tanto le plació al Cardenal, como de la criatura más noble del mundo. Y así, como si el Señor quisiera recompensar su buena fe y la rectitud que presidió todas sus intervenciones en los asuntos patrios.

Veamos ahora los hechos principales ocurridos en su segundo año de Regencia, con los beneficios que reportó su acertada y noble política en aquel Siglo de Oro.

La diplomacia moderna debe gran parte de su prestigio al Rey Fernando el Católico. Los antiguos no conocieron los representantes permanentes que regulaban el concierto (léase, mejor, desconcierto) de las naciones, aunque eran respetados los "legados" y los "enviados" eventuales. Una de las causas principales de esta falta permanente de relaciones internacionales fué el feudalismo, opuesto a la unidad nacional y padre del individualismo ciudadano. Las Cruzadas fueron el primer chispazo en busca de aspiraciones comunes.

Es durante el siglo xv cuando empieza a aflorar la diplomacia, pues supone la formación de nacionalidades y centralización del poder en manos de los Reyes por desaparición del señorío feudal, cuyos pequeños estados son absorbidos por el más fuerte, siendo entonces cuando aparecen las necesarias relaciones para arreglar intereses comunes.

El primer Rey que construye la Unidad Nacional es Fernando el Católico, que empieza a enviar a las Cortes embajadores permanentes, quedando así puestas las bases de los procedimientos modernos.

Italia, fraccionada entonces en muchos estados, fué la cuna de la diplomacia, donde se desarrolló como en ambiente propio. Allí puso cátedra de política el Rey Católico, afianzando nuestro poderío en Nápoles, en contra de Francia, nuestra natural enemiga; en Africa, el dominio de su costa, y en América, nuestra expansión nacional.

La dúctil y poco escrupulosa diplomacia del Aragonés estaba en pugna con el justiciero, recto y abierto temperamento de Cisneros.

Cuando fallece don Fernando, estaba la política española muy enredada en sus relaciones con Europa, sobre todo con Francia, el más peligroso vecino y contrincante, que aspiraba a anexionarse Navarra, tan felizmente acabado por Cisneros, que bien penetrado de la diplomacia francesa le dice a Carlos V que "Su Alteza no se debe confiar en los franceses, aunque haga paz con ellos, porque nunca los franceses la guardaron, estándoles otra cosa mejor, y si alguna paz hacen, es a fin de asegurar y para mejor poder hacer lo que quisieren" (clarividencia de Cisneros).

Por estos avisos se ve que Carlos V aún no había comenzado a darse cuenta de la gravedad de los sucesos que

se preparaban, disponiéndose los flamencos, ciegos e inocentes, o ladinos, como el francés Mr. De Xbres, a firmar el tratado de Noyón.

Como contrapeso a esta funesta influencia francesa, Cisneros preconiza la aproximación a Inglaterra y Alemania, poniendo con ello las bases del famoso equilibrio europeo.

Cisneros, aunque con ciertos escrúpulos de su recto juicio, aceptó el hecho de la posesión de Nápoles, donde la política poco escrupulosa de Fernando bordeó los principios maquiavélicos, velando después por su conservación y respeto a los otros Estados italianos, se inhibió de sus conciertos diplomáticos, sucesos que solamente de rechazo tocaron a la historia del Cardenal, ya que estos asuntos correspondían al Reino de Aragón y a su Arzobispo don Alonso, como hijo del Católico.

Este mitrado, algo envidioso de Cisneros cuando vivía su padre, reconoció la superioridad del toledano, haciéndose amigo y vasallo suyo, confiando que en los graves peligros de gobierno, la robusta mano del Cardenal dominaría siempre las situaciones difíciles.

Por esta época ya regía los destinos de Francia el brioso Francisco I, que sucedió en el trono de Francia a Luis XII, a quien tantas veces engañó el zorro Fernando en provecho suyo.

Francisco, mejor dotado que su antecesor, puso los ojos en Italia, aprovechándose del descontento que cundía en Roma contra el dominio español. Pasa, en efecto, los Alpes con 35.000 hombres, llenando de pánico al Papa León X, al vencer a los suizos, que huyen a su país, entrando el francés triunfalmente en Cremona y Milán, cuyo castillo resiste, pero por fin lo abate el terrible Pedro Navarro, que apareció en esta guerra luchando contra España.

Mientras los españoles peleaban en Venecia y otras plazas, resolvieron expulsarnos de allí; pero pronto vieron a su pesar lo que era pelear con los tercios viejos de España, uno de cuyos lances fué tan sonado como se va a ver.

Estaban los españoles sitiados en Brescia, al frente del capitán don Luis Icart, plaza muy codiciada por el francés, que puso sobre ella a Jacobo Trivulcio, con poderoso ejército y abundante artillería. Pero una mañana de niebla, el audaz capitán Morejón hace una repentina salida al frente de 600 españoles, acomete al ejército sitiador sin más armas que espadas y rodela, los acuchilla, pone fuera de combate más de 6.000, les quema toda la pólvora, rompe los carretones de la artillería gruesa y se lleva a la plaza las piezas ligeras, obligando la terrible derrota a levantar el cerco al Trivulcio.

Entonces el francés mandó a Pedro Navarro, que a las órdenes de Trivulcio cayó sobre Brescia con 15.000 hombres, echando mano de toda clase de industrias, minas, asaltos contra la serenidad de los defensores.

Pasaron meses y meses, y los sitiados agotaron pólvora y pertrechos hasta que un refuerzo que llevó Lautrec a los sitiadores dió lugar al asalto a la plaza por cinco sitios a la vez, entrando en ella el traidor Navarro, que aún supo el amargor de un cruento rechazo, donde cayeron acuchillados muchos de los suyos, hasta que, diezmados, rotos, sin bastimentos ni armas útiles, salieron en formación los 700 supervivientes por medio del ejército francés.

Tiempo después el destino hizo que el mismo Icart, contra el cual cruzó sus armas traidoras Navarro, fuese en la hora del infortunio su carcelero, y testigo de su tremenda expiación, a la que le había arrastrado la fatalidad de su vida, y que en su lucha contra sus compatriotas, no ponía el ardor que fué peculiar de su acometividad contra los enemigos que combatía. De todas formas, Cisneros no se fió nunca mucho del Conde Navarro.

Por último, citaré para terminar las dotes diplomáticas del Regente, con el siguiente hecho ocurrido entre España y Portugal.

En tiempos del Rey Católico hubo relaciones diplomáticas con Portugal sobre los límites de las nuevas tierras descubiertas en América, asunto resuelto en el tratado de Tordesillas. Pero en tiempos de la segunda Regencia de Cisneros, tuvo lugar un incidente con aquel reino, que retrata las pintorescas genialidades del temperamento del Cardenal y la conciencia de superioridad nacional al frente de los destinos patrios.

El Rey luso don Manuel "el Afortunado" quiso aprovechar los apuros de Castilla por su guerra con Navarra, para entrar en tratos con el Rey de Francia, concertando alianzas perjudiciales para España, por lo cual Cisneros envió a aquella Corte, para espiar sus movimientos, al Conde de Fuensalida.

Entre tanto, un correo portugués que iba a Francia, fué sorprendido en Salsás con cartas comprometedoras, las cuales llegaron a manos de Adriano en Madrid, que todo asustado, creyendo ver asomar las tropas portuguesas, envió a toda furia un correo a Alcalá con dichas cartas, que llegaron al Cardenal pasada la media noche. Despertado el Regente, leyólas muy tranquilamente, diciendo sin alterarse al emisario del embajador: "Decid a Adriano que, si tiene miedo, que se vuelva a Flandes, que yo procuraré solucionar el conflicto que nos amenaza". Y volviéndose a los criados, les mandó retirar, manifestándoles no le molestasen en su sueño, dado lo intempestivo de la hora.

Extrañados sus familiares de esta tranquilidad ante el peligro, les dijo: "Dentro de tres meses no dejaremos una almena al Rey de Portugal". Con respecto a la nación lusa, no le preocupaba el asunto; otra cosa era Francia.

En la dirección de la política internacional fué maestro el Rey Católico, política que se continuó en Cisneros, que con dignidad, firmeza y energía puso a salvo los intereses de España de aquel laberinto de tratados y guerras, ayudado por hombres valientes, esforzados y agudos patriotas, como el "paciente y acomodaticio" Alonso de Silva, que sabía sufrir los desvíos e insultos de una corte extranjera, mientras "así convenía a su patria". El vigoroso cortesano Garcilaso de la Vega, que con el activo y astuto Troya estuvo manteniendo en Roma con insólita sagacidad los intereses de España, resistiendo al Papa, "sin faltarle al respeto". El altivo y entero don Antonio de Fonseca, que tuvo el valor de rasgar ante el Rey de Francia un tratado, encomendando la solución del asunto a la fuerza de las armas, sin contar con su Rey. El vigoroso Conde de Tendilla; el opulento Diego Hurtado de Mendoza, que avisado en pleno Concilio por el legado del Papa para que se fuese a la mano en las palabras, "pues no estaba en su casa", respondió: "Caballero soy e hijo de caballeros, y embajador del Rey de España, y es mi casa donde quiera que ponga los pies". Y en otra ocasión, viendo su asiento pospuesto al del embajador de Francia, cogió la silla y la puso delante, y como oyese protestas de los concurrentes, tendió la capa en el suelo y, sentándose allí, dijo: "Donde está mi asiento, allí está la presidencia de todas las juntas y el lugar de preferencia".

El magnífico López de Haro; del suspicaz y mañoso don Francisco de Rojas; de Juan de Albién y Pedro de Urrez; del ladino Lorenzo Suárez de Figueroa, alma de la pérfida "Liga Santa", terminada por él entre cinco naciones, sin que descubriera la trama su astuto adversario Felipe de Comines; del malicioso, pero fiel, Jerónimo Vich; el dúctil y cortés Diego López de Ayala, que mantuvo el equilibrio y relaciones entre la compleja fisonomía política flamenca y la española, sin traicionar a nadie. El

(Continuará.)

arcabuz, evocan con elocuencia la figura heroica de D. Alvaro de Luna.

Es el Condestable de Castilla, la mano fuerte — entonces — de Juan II, quien anima con su personalidad la historia del Castillo de San Martín de Valdeiglesias. Todo lo demás ha sido y será secundario, tan pequeño y tan insignificante que cabe en un anuncio por palabras.

Gran Maestre de Santiago, D. Alvaro de Luna es aquí señor de veinte mil vasallos y capitán de tres mil lanzas. Leal a su Rey, fiel a su patria, lucha contra pleitos, intrigas y halagos, pero cuando su estrella — hasta entonces fulgurante — empieza a declinar, en su castillo pasa los amargos años de destierro, precursores del triste fin que le espera en la plaza Mayor de Valladolid.

Después del Condestable, apenas nada. D. Gonzalo Chacón, en la época de los Reyes Católicos y en la de Carlos V pasa el Duque del Infantado y, por último, como curiosa y triste coincidencia, se puede citar entre los propietarios antiguos del castillo a don Rodrigo Calderón, muerto en la plaza Mayor de Madrid.

Restaurado celosamente a principios del siglo XX por el Barón de Sacro Lirio, el esbelto castillo de hoy es ya sólo una fortaleza amurallada, en la que pudo haber cabido holgadamente cualquier hazaña bélica o cualquier bello romance. Ahora ha sido un anuncio por palabras el que creó la noticia periodística y dió a nuestro fotógrafo Rogelio Leal la oportunidad de llevarse el Premio «Diputación Provincial» por las fotos que ilustran la cubierta de «Cisneros».

Y para terminar, despidiéndonos de estas piedras, casi milenarias, nada mejor que recordar — como contraste al texto del anuncio que inicia esta breve explicación — la inscripción que figura en el muro exterior del rastrillo de la fortaleza de San Martín de Valdeiglesias:

«Creéis que estas son piedras. No es cierto; es un tesoro. Es símbolo de un tiempo de glorias y valor, de un tiempo en el que honra valía más que el oro y que nadie la vida quería sin honor.»



REVISTA EDITADA POR LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE MADRID.